RECUERDO DE UNOS JUEGOS FLORALES

Trabajos

Entregados al fuego

POR

RAMIRO Y CARLOS CRUZ

PRÓLOGO DE

LUIS ROGER

"Post nubila Phœbus"

1906

Tipografía de La Laguna
Bencomo 10

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A la Biblioteca Provincial

Los Autores

TRABAJOS
ENTREGADOS AL FUEGO

10-XII-06

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

86-8 (46-15)

RECUERDO DE UNOS JUEGOS FLORALES

TRABAJOS
ENTREGADOS AL FUEGO

POR

RAFAEL AROCHA Y GUILLAMA
(RAMIRO)

Y

DOMINGO CABRERA Y CRUZ
(CARLOS CRUZ)

CON UN PRÓLOGO DE

LEONCIO RODRÍGUEZ Y GONZÁLEZ
(LUIS ROGER)

«Post nubila Phœbus.»

TIPOGRAFÍA DE LA LAGUNA
BENCOMO 16.
1906

6605022315

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PRÓLOGO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE SAN FERNANDO
BIBLIOTECA
LA LAGUNA

PRÓLOGO

Está escrito, no sé si en libros árabes ó cristianos, que á todo hombre le persigue la mala estrella. La mía, que siempre fué mala, rematadamente mala, me ha sorprendido hoy con un pensamiento abrumador. ¡Hacer un prólogo!... Pues ahí es nada. ¡Un prólogo!... Como quien dice: «ánimo, ¡oh, escritor ilustre!, requiere la pluma y haz un prólogo.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y aquí tenéis al prologuista, de cara al papel, con la mano en la mejilla y la mirada en lontananza, pensando cómo salir lo mejor posible de este apurado compromiso.

Y.... *basta de prólogo*, iba á escribir aquí por hábito inveterado. Pero ¡ojalá fuera verdad tanta belleza!....

***

Digámoslo de una vez: mis buenos amigos y compañeros Rafael Arocha *(Ramiro)* y Domingo Cabrera *(Carlos Cruz)* quieren un prólogo mío para dos trabajos, de que son autores, presentados á los últimos *Juegos Florales*. Ignoro las razones que haya tenido el Jurado para no darles el premio que, á mi modesto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

saber y entender, se merecen por las bellezas literarias que atesoran, por la exuberancia de imágenes y por la galanura de su estilo, terso, esmerado, brillante. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, si por atrevimientos de concepto, como creo, han sido condenados al auto de fe, un deber de justicia y un sentimiento de misericordia obligan á evitar la total consumación de ese sacrificio doloroso, que al réprobo confunde con los que pocas ó ningunas máculas tienen en su historial, limpio de culpas y pecados.

Inexpertos, sin duda, no pensaron aquellos amigos que ciertas expansiones pudieran constituir pecado venial y en su leve falta llevaron la dura penitencia.

Bien merecida se lo tienen, después de todo. Ellos, dos exaltados de espíritu,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aunque ¡eso sí! muy pacíficos ciudadanos, no podían menos que exponerse á ese *pequeño contratiempo*. Es ley fatal de toda rebeldía: las ideas, gravitando como los cuerpos, peligran en su suerte cuando se salen del *centro de gravedad*. Fuera de éste se encuentran en el vacío. Y ya es sabido: lo más probable es que den en el suelo ó en el abismo, perdiendo en el viaje los bríos de las alas, cansadas de batir en el ambiente social que nos rodea. Y ¡ay del que, viéndose caído, no hace por incorporarse! Aves voraces vendrán sobre él y lobos hambrientos, atraídos al olor de los despojos, le devorarán, despiadados, las entrañas...

No quiere esto indicar que tal haya sido, ni mucho menos, la suerte de mis patrocinados, á quienes por demás está

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

decir que no les deseo caída de esa clase y que hago votos fervientes porque Dios les libre en su vida, si caídos se vieren, de los buitres y lobeznos de la sociedad... Mas, como el caso es frecuente, y la tendencia de remontar los vuelos para apartarse de los trillados campos de lo vulgar parece advertirse en los trabajos de *Ramiro* y *Carlos Cruz*, bueno será prevenirles de los peligros que se corren al salirse de *ese centro de gravedad*, que yo llamaría, más propiamente, *convencionalismo*...

Y valga el tonillo de dómine, en gracia de la buena intención del consejo.

***

—¿Quién es este señor *Ramiro* y quién este señor *Carlos Cruz* que á mí me han metido en estas danzas?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ellos me perdonen, pero á fe que no es tan fácil hacerles un *clisé* á gusto de cada uno. Son dos temperamentos opuestos, con rasgos de carácter muy diferentes y con tendencias é ideales muy distanciados. Al decidirse ambos á publicar juntamente sus trabajos se han tocado los extremos, uniéndose en un abrazo de fraternidad, en presencia del cual, yo, oficiando de *pater*, les bendigo y absuelvo...

Ramiro es un revolucionario, con perdón sea dicho de su modestia. Profesa las doctrinas de Unamuno: «hay que suscitar rebeldías y sembrar inquietudes.» Pero, á buen seguro que sea capaz de hacer ninguna revolución. Huye del mundo y se deleita en el retiro. En su cuarto de trabajo está en su elemento; fuera de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

él no es capaz de nadar dos brazas: se ahogaría. Yo me imagino que va por la calle como el que pisa sobre ascuas: siempre huyendo de la tierra caldeada por el hálito de las pasiones. Estudió en un seminario, y de él salió, próximo ya el fin de su carrera, hecho una furia. No puede remediarlo. Detesta la hipocresía, sobre todo la exótica que á Canarias han traído ciertos elementos revoltosos. Dénle un látigo y de buena voluntad lo descargaría sobre mercaderes y fariseos... Este es *Ramiro*, un revolucionario pacífico, incapaz de aventuras peligrosas; un reconcentrado en la apariencia y un buen amigo en la intimidad.

Carlos Cruz, por el contrario, es un impulsivo, tentado de la manía *sicalíptica* que tantos estragos está causando en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los muchachos de temperamento ardiente. Dice que no es idealista, pero lo es con creces; hasta llegar á los límites del sentimentalismo. En este sentido es inaguantable, tal como yo entiendo estos achaques. Espíritu todo nobleza y bondad, de él no será seguramente el reino de este mundo. Tampoco sería capaz de hacer ninguna revolución, pero estoy por asegurar que, en sus adentros, alienta también la rebeldía. Sus artículos le revelan como escritor galante. Este es *Carlos Cruz*, un arrebatado, que escribe como piensa y como siente; cualidad ésta que constituye uno de sus mayores méritos.

No sé si los *clisés* serán del agrado de los interesados. Este fotógrafo, incipiente y torpe, no sabe hacer otra cosa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

***

Ahora quisiera hablar algo *De mi tierra* y de *Rosarillo*. Son tan intensas las impresiones que la lectura de estos trabajos me ha producido, que no acierto á explicarme por qué se les quería reducir á pavesas.

Lo digo sin ninguna clase de reservas mentales. Me parecen dignos de otra suerte. Hay en ellos frescura de ingenio, elegancia de lenguaje, derroche de ideas, aromas de juventud y un poderoso sentimiento regional que palpita muy hondo. Leyéndolos, yo he visto desfilar las «cosas de la tierra», dejando una estela luminosa y perdurable; yo he repetido también estas bellas palabras de *Ramiro*: «Saluda á Nivaria que duerme en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

su palacio azul, rodeada, como una reina, de sus doncellas.»

Dobleguémonos, sí, ante la grandeza y majestad de nuestra madre y que sus desdichas nos muevan á compasión. Depongamos todo orgullo ante nuestro Teide venerable y elevemos hacia él una plegaria por los valerosos antepasados cuyo sueño parece que vela, entristecido bajo el manto de sus eternas nieves...

De mi tierra parecerá á primera vista de asunto bastante inconexo. Su factura, á la verdad, no ha podido ser más extraña. Así lo pensó seguramente el autor y al frente del trabajo ha puesto *Diragación*, que lo explica todo. *Ramiro* ha querido recorrer todas las escalas del pensamiento, mariposeando tras peregrinas ideas. Flores de la inteligencia, sobre ellas ha

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

plegado sus alas la Inspiración, dejando en su cáliz, como germen bendito, la ofrenda de la poesía, de la belleza y del amor: el polvillo de oro de la espiritual mariposa...

De mi tierra es, por otra parte, una á modo de película de cinematógrafo que, al desenvolverse en el transcurso del libro, va esparciendo sus proyecciones en la albura del papel.

En ellas el lienzo es el medio ambiente canario, por el que desfilan personajes de todas cataduras, si personajes pueden llamarse el *peludo* de «claveteados zapatones llenos de barro», ó las muchachas desgreñadas que en la era hacen miles de diabluras, «jugando al *guirgo*». Frente á estos cuadros fugaces, contenidos en el marco de un estilo primorosamente la-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

brado, parece que nos asomamos á la Vega de nuestra ciudad, contemplando sus horizontes, sus grandes montañas y sus feraces campiñas siempre alfombradas de vegetación; parece que oímos el rumor de las aguas invernales, en canalizos y barrancos, suspirando como cautivas condenadas á recorrer todos los días los mismos cauces...

De mi tierra nos evoca todo eso. ¡Qué mejor elogio!

***

Lindamente ataviada con sus galas literarias, *Rosarillo* es un bello poema, intensamente pasional.

«El camino de la fuente está cercado de juncos y plantas agrestes: á un lado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hay un precipicio cuyas rocas, cortadas á pico, están casi cubiertas por una hermosa vegetación; allí crecen los cardones, las *tabaibas* y helechos; las hierbas trepadoras que formando caprichosos dibujos llegan hasta el borde; su vista produce el vértigo y jamás la planta del hombre se ha atrevido á descender al abismo, cuyo fondo parece un lecho de esmeraldas...»

En ese escenario se ha consumado la tragedia. *Rosarillo*, deshonrada, ha muerto allí, en estrecho abrazo con el mozo á quien robó su querer.

¡Pobre *Rosarillo!* ¡la flor más hermosa del Valle cayó tronchada por la fatalidad! ¡El manojito de claveles se marchitó en las impuras manos del *señorito...!*

La historia de siempre, la eterna historia, argumento socorrido de todos los

© Del documento, los editores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

dramaturgos y novelistas. Una pasión incendiaria en pecho débil; un puñal que mata; un abismo que atrae; una copa de veneno en mano resuelta; una palabra vengadora; una víctima exánime, chorreando sangre... Faltaran todos estos ingredientes y se habrá acabado la eterna historia, en que el diablillo rebelde del amor hace de protagonista y de tiranuelo, imponiendo su cetro al mundo entero.

Una mujer fué la causa
de mi perdición primera...

dice el cantar y dice bien. En esos renglones condensaría yo todo un tratado de filosofía. El que haya podido salir ileso de los lances del amor tarde ó temprano resultará descalabrado. Todos pasaremos por las *horcas caudinas*...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

No es extraño, pues, que la musa trágica haya inspirado á *Carlos Cruz* en su admirable *Rosarillo*. Además, es propensión de todo joven intelectual salirse de los métodos que la gente *vulgar* emplea como *procedimientos amatorios*. Y hacen bién; que es poco apetecible para modelo el enamorado-máquina; es decir, el que regula todos sus movimientos con desesperante parsimonia, y se pasa una vida entera bajo la ventana de su Dulcinea. Esto me parece detestable; tan detestable, como el borrico que está todo un día moviendo la rueda de una noria, girando siempre en un mismo círculo, sin rebelarse contra esa negra suerte. En cambio, yo admiro al impulsivo, de pasión encendida, porque me parece que su alma es más grande y menos egoísta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Por estas razones y, sobre todo, por la gran dosis pasional que contiene, *Rosarillo* me parece buena, aunque su hechura no es humana. Y no es humana por muchos motivos; porque no hay tales carneros, digo, tales *Pericos* en nuestros campos, que sean capaces de rendirla adoración, y, principalmente, porque la inedu cación social es incompatible con ciertos arrestos de heroínas.

Esto no es ninguna novedad. Desde los tiempos caballerescos á la fecha presente, cien generaciones femeninas han repetido el piropo de la doncella tobosiana: «*Mas jo, que te estrego....*»

***

Creo haber dicho, con lo expuesto,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

todo lo que yo opino de *Rosarillo*, *De mi tierra* y de sus respectivos autores. La conciencia no me acusa de ninguna doblez: si acaso, de algún abuso de confianza. He dicho lo que siento, con su aditamento de consideraciones, sin dejarme en el tintero lo que muchos *prudentes* desechan como escoria vil: la sinceridad.

Esto es, precisamente, lo que hace falta: sinceridad, bastante sinceridad, y ella campea en todas las páginas de este libro. Si ese mérito—*rara avis* en estos tiempos—no fuera suficiente para acreditar á los autores, bastarían sus gallardías juveniles y sus ímpetus intelectuales para no estorbarles el paso, dejándoles libre el camino del porvenir.

En esta clase de juventud modesta y trabajadora están todas las esperanzas de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

patria. Y la patria se resiente de la escasez de jóvenes con entusiasmos, generosidad y valentía suficientes para conquistar las viejas trincheras, enarbolando la bandera redentora.

Nuestra juventud contemporánea, ha dicho Alfredo Calderón, «no siente la poesía de la vida, aquella *música del alma* y melodías de que nos habla el poeta. Parece haber venido demasiado tarde como Musset á un mundo demasiado viejo.»

«Un joven con juventud es en España un mirlo blanco.»

Estos pesimismos me invaden el alma al pensar en nuestra vieja ciudad. ¡Cuántas trincheras que conquistar y qué pocos los jóvenes que se deciden á hacer fuego sobre ellas!..

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero no es extraño. Nuestros jóvenes intelectuales están todavía apegados á lo antiguo. Mucho romanticismo y mucho florilegio de retórica. Y no es ese el camino que nos lleve á puerto de salvación.

Hay que trocar el caramillo en arma de combate.

LUIS ROGER.

Octubre 8 de 1906

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

UNIVERSIDAD DE SAN FERNANDO
BIBLIOTECA
LA LAGUNA

Sobre la pira humeante donde gimen los condenados álzase una sombra orlada de luz demoniaca.

Es la Rebeldía.

En la cámara inquisitorial mueren en silencio los cobardes, tal vez los culpables; mas también hay muchos que engrosarán las filas de los rebeldes, despreciando el anatema.

El grito de «non serviam» es con frecuencia emblema de justicia. Las cenizas, que á muchos sirvieron de manto funerario para sepultar ilusiones y esperanzas, se convierten en honrosa distinción para las «gentes desprovistas en absoluto del sentido estético.»

Virtud grande es la modestia, reinar debiera

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

en todas las almas.... mas ¿quién dice que esté reñida con la verdad?

Los Dioses arden en cólera sagrada. Voluntades divinas, expuestas á influencias atmosféricas, tratan de ejercer el monopolio del laurel.

Nada importa que el Olimpo se conturbe, que Júpiter Tonante lance sus rayos desde el trono de la infalibilidad. Éstos sólo impresionan á la numerosa clase de «los pobres de espíritu» (bienaventurados sean), los cuales se dejan seducir por el oropel aparatoso con que se reviste la autoridad.

Los «engendros monstruosos y lamentables» avanzan tranquilos, recordando la sentencia de Cristo: «el que esté sin pecado tire la primera piedra.»

Y «realizada la evaporación,» callan las músicas, serénase el ambiente, y en las conciencias de todos colores «queda rastro de lo que fué portentoso alarde de estulticia.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DE MI TIERRA

Por Ramiro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Lema:

"Tota pulchra es," Nivaria.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DE MI TIERRA

(DIVAGACIÓN)

A veces, el nocturno callejero que, como un autómata, recorre calles y más calles, hastiado, aburrido del diurno batallar, oye de pronto melodiosos arpegios que le obligan á detenerse frente á alguna ventana débilmente iluminada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Las notas se deslizan por las sombras como dardos de luz, retozonas, mensajeras de virginales desnudeces.

El pensamiento, asiéndose de los eslabones harmónicos que se desarrollan en las tinieblas como una escala luminosa entre el cielo y la tierra, sube á aquella habitación donde hace un momento el piano remedaba un besuqueo delirante, voluptuoso.... Cesa éste, y el pensamiento le sustituye: quizá la pianista no lo lleve á mal.

La arena africana hierve, se incendia, bajo la lluvia de fuego con que el Sol, regocijado, dominante, sañudo, abrasa cuanto se pone á su alcance. El viajero, montado en su dromedario, se revuelve desesperado en la silla, próximo á desfallecer bajo aquel calor tórrido que enlo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

quece su cerebro, atravesándolo con mil agujas candentes.

Allá lejos, perdida entre olas de fuego y arena, se divisa una palmera: el oasis está cerca. Ya apenas tiene fuerzas; mas el dromedario también conoce la proximidad de la frescura y galopa con frenesí. El instinto sirve á la inteligencia, y pronto descansan á la fresca sombra.

Un rayo de luz ha llegado también al alma que gemía en las tinieblas, azotada por un aire malsano, pegajoso; llena de desaliento, tomada de mercantilismo, entenebrecida....

Una corriente salutífera ha deshecho el nublado, trayendo á la mente flores de entusiasmos, alientos de vida nueva....

Vuela, alma, sube á las puras regiones del Ideal, mas fortalece primero tus alas con la savia vivificante de los cam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

pos, con efluvios de almendros y duraznos.

Saluda á Nivaria que duerme en su palacio azul, rodeada, como una reina, de sus doncellas. Reina generosa, tiene sentimientos de cariño para sus hijos; mas también su corazón, aunque benévolo, se inflama algunas veces con el fuego de la cólera y de la indignación.

*

Allá está el viejo Teide. No siempre se le puede ver, en lo cual se parece á los grandes señores. Se pasa los días enamorando con las nubes, pues *pica muy alto*, y como todas le corresponden,—motivo para que armen alborotos,—no siempre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tiene tiempo para dar audiencia á sus admiradores.

Pero no creáis por eso que es orgulloso. Mientras los geólogos disputan sobre sus abolengos, sosteniendo unos la teoría de la Atlántida, otros la del fuego central y algunos la desmembración de la cordillera del Atlas, él maldito lo que se ocupa en estas niñerías: sabe que es de antiguo linaje y nada más. Así es que se contenta con tener el estómago bien caliente, ponerse su montera de armiño y hacer dar alguno que otro batacazo al atrevido que intenta *subírsele á las barbas*.

Domina el valle más hermoso. Lleno de amor, vigila noche y día, cual si temiera que se lo arrebaten. Parece uno de esos perros gigantescos que, sentados gravemente, cuidan del chiquitín que al-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

borota en torno suyo con risas y chillidos.

Las rosas y madreselvas se enredan en el romero; los heliotropos sirven de guarida á los pequeños grandes cantores el agua gira y salta, inquieta, bullente, llena de nerviosa alegria; todas las flores consagran su cáliz y ofrecen una hostia perfumada ante el Dios de piedra.

*

En las mañanitas frías de Marzo el labriego, forrado con su manta, recorre la carretera encharcada por la lluvia que no cesó en toda la noche; el viento brama inquieto entre las ramas de los eucaliptos. En los cercados vecinos aparecen

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los perales cargados de flor, dormidos entre la bruma.

Va á oir misa en la Catedral. Las calles están llenas de charcos, algunas puertas empiezan á abrirse; el Sol pretende un instante asomarse por encima de la colina de San Roque, mas luego desiste de ello.

Entra "el peludo" en el templo con el cigarro *virginio* detrás de la oreja, pisando fuertemente con los claveteados zapatones llenos de barro y mirando á los altares "á ver si alcanza alguna misa." Á la salida se detiene para hablar con el compadre sobre las lluvias y las sementeras, mientras "la mujer" y otras vecinas se arreglan las cintas del sombrero de palma dentro del cancel, y marchan luego á casa de los feligreses "para mercar algo."

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ahí están "las esperanceras" vendiendo carbón, con las puntas del pañuelo de la cabeza cruzadas encima de la boca y el sombrerillo formando visera. Suelen contestar á las bromas con un "¡arre!" que no es fácil determinar si se dirige al galanteador ó al burro que lleva los sacos de carbón, fajados con sogas y latas de brezo.

*

Ya los trigos empiezan á granar. Las faldas verdegueantes de los montes ondean suavemante.

Arriba, una porción de motas blancas pegadas á lo azul corren como loquillas hasta desvanecerse muertas de risa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La luz juguetea en el claroscuro que forma la vertiente de la Mesa Mota; entre pedruscos verdinegros se yerguen las pencas de las higueras chumbas, erizadas de púas.

El aire frescachón de la mañana azota las enaguas de las lecheras que cruzan el tarayal: el aire es un tuno que á veces comete imprudencias. Avanzan airosamente, descalzas—menos los domingos,—con la cesta de cañas llena de cacharros por entre los cuales asoman verdes helechos...

*

La trilla ha sido fatigosa, todos los rostros están bañados por el sudor. El ambiente parece hacerse más sofocante

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

por la noche. En el pueblo se sacan los sillones y las sillas á la calle; en el campo se tumban en la era, sobre las gavillas de trigo. Las muchachas, desgreñadas, con una faldilla ligera y la chambra dando alguna libertad á sus bellos prisioneros, se esconden en la paja, entre risas y chillidos, "sudando á mares," pues juegan al *guirgo*.

La noche está cenicienta; las nubes parecen petrificadas en la atmósfera; allá abajo brilla de vez en cuando un azulado relámpago: son "*fusiles*" como dicen los viejos.

*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El Sol aprieta hasta ahogar. Por el camino de las Mercedes baja la carreta llena de trigo "para el amo." El labriego, con el sombrero apabullado y los faldones de la camisa por fuera del pantalón, aguija la yunta; el chirrido de las ruedas se confunde con el monótono de las cigarras... detrás marcha el perro *verdino*, de orejas cortadas y andar zorro, con un palmo de lengua fuera...

Pasan algunas muchachas con haces de espigas á la cabeza, que les ocultan por completo el rostro; también las que van por leña al monte, con el sombrero en la mano para que no se les estropee, las enaguas altas, recogidas por una cuerda al talle cimbreante... De vez en cuando echan una carrerita.

Repican las campanas de San Francis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

co. Es una música alegre, cristalina, expresiva, que habla al corazón; sus ondulaciones harmónicas juegan por encima de los álamos, parecen anidar por un instante entre sus copas de verde oscuro, y luego se pierden por los campos de la *Rúa*...

Es que la fiesta del Cristo se acerca. Pronto se verán flamear en la oscura noche las hogueras, coronando la cumbre con diadema de llamas, haciendo muecas grotescas entre la sombra. "Las parrandas" discurren por todas partes; el sonsonete de los acordeones que tocan las mozas del campo vuelve loco á "Cristo Padre..." Alrededor de aquel ventorrillo se arremolinan "los magos"... ¿Qué será?.. Parece que "va á haber jarana"...

*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Llegan los recuerdos de la infancia, con aromas suaves de manzanas, reflejos irisados de aquella edad dichosa, de aquel corretear en medio de los brezos de San Diego, por los vericuetos y rastrojos, tras de las *moras* de los zarzales... atrapando *lisas* bajo las piedras, cogiendo ranas entre el poleo y el marrubio de los barrancos...

Sobre la derruída tapia, en las anchas hojas de las piteras, blanquea una multitud de prendas de vestir. Las lavanderas, "en refajo", canturrean y se lavan en posiciones algo indiscretas...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al cerrar y abrir los ojos varias veces seguidas cuando estamos en una habitación oscura, ora vemos círculos luminosos, rojizos, que se desvanecen fantásticamente, ora un tejido de mallas multicolores, de una trama mágica, que cambia de matiz á cada segundo. Hacemos otro movimiento con los párpados, y se presentan ráfagas brillantes, que ya se reducen á un punto, ya se alargan indefinidamente.

Una cosa análoga ocurre en la memoria; sensaciones semejantes se verifican en la imaginación.

Es un arenal por el que marchamos vertiginosamente, viendo desfilar á derecha é izquierda espectros de recuerdos, imágenes de ilusiones que no se han de realizar: de pronto, una oleada de arena

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

destruye el surco por el cual caminábamos, sepultando los recuerdos, haciendo huir las fantásticas ilusiones, y aparece una nueva procesión.

Los recuerdos enseñan, las ilusiones engañan; aquéllos son verdades demostradas, éstas son con frecuencia fenómenos de espejismo. Sin embargo, el hombre corre tras ellas como un loco, corre tras la mentira, para agregar una nueva verdad á sus recuerdos.

Vuela, alma, por las regiones de la quimera, mas cuida de que, al penetrar en el laberinto del sueño azul, no salga el Minotauro monstruoso del positivismo y devore tu creencia.

¡Creer! ¿Qué mal hay en ello?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El viento del Oeste alborota, se incomoda, al penetrar entre los árboles del monte. Luego se refresca y empieza su sinfonía entre el follaje, órgano gigante de «una catedral de las sombras.» Recorre una escala variada, rica, inmensa, desde la queja amorosa hasta las harmonías más desenfrenadas, los aullidos más feroces.

La escala de la risa también abarca desde la mueca horrible del gorila hasta la sonrisa divina de los ángeles.

Por la negra cumbre asoma una estrella rojiza. El labriego, tendido junto á la choza de paja, observa "de donde quedan las cabañuelas."

El alma se agranda en las sombras; contesta á las palabras graves, benévolas, de las constelaciones con preguntas sin fin:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

misteriosa comunicación telepática llena de presentimientos inefables.

¡Oh, alma! ¿Por qué te quieren arrebatar la fe? Vuela, vuela siempre...

Grande eres en la lucha, sublime en la abstracción.

Grandiosa es la tempestad en la región baja, oyendo el mugido de los barrancos y los furores del huracán; pero más grandioso es contemplarla, cual el águila, por encima de las nubes, viendo á nuestros pies el líquido telón arrastrado en caprichosos vaivenes por la cellisca. Brota el rayo á nuestra vista entre aquel oleaje de vapor furioso, entre aquellas masas preñadas de agua, de electricidad, de vida. El águila busca siempre la región serena de la luz.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En la tempestad de abajo, en la lucha, se forma un carácter; en las alturas se robustece el genio. Allí hay pasiones, sangre, monstruos que vencer; aquí la mente se pierde en la abstracción y profundiza los misterios del Ser.

Abajo, el dolor hace retorcerse los miembros en espasmos agónicos; las energías vitales se convierten en llanto enervante; la Humanidad asoma su rostro doliente al balcón de la esperanza, mientras su cuerpo, cargado con los hierros del tormento, gime en la sombra: el sufrimiento purificando los seres, que también del lodo brota la vida, y entre las sombras se hace la luz.

El dolor asciende lentamente en gradaciones luminosas hasta la resignación he-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

roica, que regenera el alma: el dolor se transforma en aureola.

Arriba, el genio se mece en la región sublime á donde no llegan los gritos de las pasiones.

Penetre el espíritu en las profundidades del *saber* hasta llegar á la cima del *poder*; conjugue el verbo *amar* en todas sus inflexiones hasta sacar la esencia del *querer;* transforme la sabiduría en potencia, el amor en voluntad, y uniendo la potencia con la voluntad se convertirá en creador.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

***

Nivaria, sultana de Occidente, vecina de las Zoraidas moriscas, yace aletargada en su diván de alhelíes, mostrando su desnudo cuerpo, expresión de la belleza, perfumado con esencias de jazmines y rosas silvestres, oreado por la brisa marina cargada de emanaciones afrodisíacas. Su espíritu vaga lejos de su cuerpo, perdido en los arenales del sueño africano.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

De vez en cuando alguna llamarada del espíritu tinerfeño brilla en el ambiente saturado de mercantilismo. En la vega lagunera cruza en noche oscura un fogonazo eléctrico alumbrando los cañaverales y el cristal verdoso de la Madre del Agua, y luego el trueno zumba, perdiéndose retozón entre los brezos de la Mesa Mota.

Los efluvios magnéticos han de mecer seguramente los árboles de la fuente Castalia. El numen tiene algo de hipnotizador.

De vez en cuando el poeta hace volver el espíritu de Nivaria á su cuerpo que empezaba á enfriarse, y entonces torna la sonrisa á sus labios y sus ojos de odalisca satisfecha lanzan un destello fulgurante.

*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿Dónde se ha escondido la Psiquis de Nivaria? ¿Estará perdida entre las retamas de la cumbre, viendo como cae la lluvia finísima castigada por el viento? ¿Acaso, fascinada por el espectro de los guanches, sirve de cariátide á la puerta de alguna cueva de los acantilados? ¿Ó, tal vez, al *cabalgar en un rayo de Sol*, éste, juguetón y curioso, al divisar las aguas azules, la dejó caer dentro para jugar con libertad en la superficie?

La mente, desorientada, subió al Teide. Allí estaba ella, mirando al Sol, encantada de su belleza: el viejo progenitor de los seres la besaba amoroso, trémulo de pasión, y en aquel gigantesco lecho nupcial, entre los peñascos graníticos alfombrados de armiño, celebraron sus bodas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

divinales, embriagados por la harmonía del azul infinito....

De aquellas bodas nació el arte nivariense.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ROSARILLO

Por Carlos Cruz

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Lema:

"¡Mucho hace el que mucho ama."

Kempis lib. I. cap. XV.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ROSARILLO

Canto á mi tierra, canto á sus campos cubiertos de orégano y tomillo, esmaltados de azucenas y amapolas; circuídos por árboles que en verano lucen la verdura y flor de sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

trajes y entre cuyas ramas anidan los canarios y los mirlos, los jilgueros y los *capirotes* que con sus "arpadas lenguas" saludan el nacimiento del Sol, cantando himnos á este gran soberano: árboles que en invierno levantan al cielo sus macilentos brazos, como si imploraran misericordia.

Canto á los *magos* de mi tierra, canto sus amores, ora tranquilos, ora horribles y furiosos.....

Canto á las hermosas zagalas, sonrosadas como las fresas, rebosando vida y salud; siempre alegres, siempre risueñas, dejándonos entrever sus dientes blancos como las almendras cuando con risotadas, que parecen lluvia de guindas, contestan á las bromas de sus compañeros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Canto á la flor más hermosa del valle, que, cuando cubría su cabeza con el vistoso pañuelo de colores y vestía su saya de pintorreada zaraza, daba envidia á las rosas y azucenas: canto á Rosarillo, canto sus amores.....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

I

Sonreía la Naturaleza al recibir los primeros besos del Sol que comenzaba á desperezarse; sus rayos acariciaban las tranquilas aguas de la fuente que se deslizan sobre su lecho de musgo y culantrillo, murmurando canciones de niños.

El camino de la fuente está cercado de juncos y plantas agrestes: á un lado hay un precipicio cuyas rocas, cortadas á pico, están casi cubiertas por una hermosa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vegetación; allí crecen los cardones, las *tabaibas* y helechos; las hierbas trepadoras que formando caprichosos dibujos llegan hasta el borde; su vista produce el vértigo, y jamás la planta del hombre se ha atrevido á descender al abismo, cuyo fondo parece un lecho de esmeraldas.

Las muchachas se dirigen todas las mañanas á la fuente para llenar sus cántaros, antes que el Sol caldee la tierra con sus ardientes besos.

Ya Rosarillo estaba llenando el suyo, cuando apareció su novio, —rudo y apuesto mocetón y uno de los mejores partidos del lugar,— y mientras el agua iba cayendo con risotadas argentinas, ellos se cantaban sus amores, forjándose un porvenir dichoso, rodeados de chiquillos que los llamarían padres.... y así continuaban

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

charlando hasta que, ya lleno el cántaro, comenzaba á desparramarse el agua y entonces Perico ayudaba á cargárselo á la taimada, que, con risas de alegría, salpicaba la cara del muchacho, el cual, extasiado, contemplaba el donaire de su Rosarillo, — la moza más guapa de toda la comarca, — y viendo temblar aquel torneado seno, sentía tentaciones de abrazar el delicado talle y estampar un beso en las sonrosadas mejillas de su amada.

Pero no; todavía aquel fruto no estaba sazonado y había que esperar á que el cura bendijera el ingerto de aquellos dos arbolillos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

Abundante estaba la cosecha aquel año: las doradas espigas se inclinaban bajo el peso del grano, los árboles parecían desgajarse, tanta era la fruta; de la viña pendían hermosos y amarillos racimos: todo soureía.

El dueño de la finca,—que de *medias* tenía el señor Juan, padre de Rosarillo,—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

había ido á ver la recolección de la cosecha, descansando unos días de la vida agitada del casino, de los salones y del café. Don Emilio, que así se llamaba, era un joven simpático, de buena presencia, un poco afeminado en el vestir, y en las reuniones aristocráticas que frecuentaba era siempre el predilecto de las damas.

Huérfano hacía varios años y en posesión de una bonita fortuna que le permitía vivir holgadamente de sus rentas, estaba acostumbrado á no encontrar dificultades en sus antojos. Su lado flaco eran las mujeres; de *él* y de *ellos* se contaban en la ciudad varios líos amorosos que lo rodeaban de una aureola de tenorio. Muchas eran las mamás que miraban á Emilio con buenos ojos para yerno, pero él no pensaba todavía en echarse á cuestas la pesada carga del matrimonio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Para alojar debidamente al *amo*, arreglaron la casa principal de la finca, de cuya limpieza se encargó Rosarillo, que la dejó brillando como una *tacita de plata*.

Los medianeros estimaban mucho al *amo*, pues nunca los molestaba con exigencias, y cuando la cosecha era mala les perdonaba parte de sus *medias;* aunque la gente del pueblo decía que toda esa bondad de don Emilio era porque miraba con ojos de deseo á Rosarillo, á quien echaba sus piropos que ella recibía casi con agrado. Bien es verdad que los que esto decían cuidaban muy bien de que no los oyera Perico, pues si tal sucediese, ya no lo volverían á repetir.

¡Su Rosarillo era tan pura y tan santa como la virgen de los Remedios!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

UNIVERSIDAD DE SAN FERNANDO
BIBLIOTECA
LA LAGUNA

III

Era domingo. En la puerta de la Iglesia estaba un grupo de campesinos esperando que la campana los llamara por última vez para oír la misa.

Las muchachas iban entrando primero, luciendo sus sayas nuevas de vivos colores, sus rayados justillos, los vistosos pañuelos de seda y los sombreritos de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

palma que tan bien sientan á sus risueñas caras, donde retozan la alegría y la vida.

Allí estaba también Rosarillo, la moza más bonita que había en diez leguas á la redonda, luciendo sus zapatitos de charol que sólo se calzaba cuando repicaban recio, su trajecito nuevo y el sombrerillo de palma, blanco como la flor del almendro. Orgulloso estaba Perico de que aquel manojito de claveles fuera suyo, y de que aquel corazoncito escondido debajo de un seno que, cuando palpitaba, hacía temblar los redondos pechos, fuera suyo, sólo suyo...

Pronto corrió la noticia de que en la finca de *tió* Juan habría baile, pues el señorito Emilio quería celebrar con regocijo la abundante cosecha de aquel año, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

deseaba que todos los mozos y mozas del pueblo estuvieran allí para bailar *isas*, *folías* y seguidillas: en fin que el *amo* quería echar una cana al aire, y ya todos sabían que cuando él invitaba la fiesta era buena.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

IV

El sol sostenía la última lucha con las sombras que iban envolviendo á la tierra con un manto de melancolía, el crepúsculo comenzaba á extender sus oscuras alas sobre la Naturaleza: los pájaros ya no lanzaban torrentes de harmonía, sólo notas pausadas y entrecortadas se dejaban oír; las hojas de los árboles comen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

zaban á murmurar sus plegarias movidas por la brisa; los lagartos se escondían en sus agujeros, arrastrándose poco á poco sobre las paredes; las mariposas revoloteaban alrededor de las flores, los *caballitos del diablo* iban zumbando de un lado para otro; los nardos y retamas saturaban el aire de un aroma embriagador; el gallo pisaba á la gallina por última vez, la paloma arrullaba en su nido esperando al macho, las rosas se inclinaban como buscándose para confundirse en un abrazo.....

El baile tocaba ya á su fin: sólo unas cuantas parejas continuaban en el *terrero*, fatigadas y cubiertas de sudor; el vino al correr en abundancia se les había subido á la cabeza; las muchachas encarnadas por la agitación y retozonas ya no temían

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que los mozos les vieran la pantorrilla: el vino les había robado el pudor.

Los campesinos, sentados en troncos de árboles y en rústicos bancos alrededor de la era, iban apurando los vasos de vino que pasaban de una mano á otra; en todas las caras se notaba la alegría y el cansancio, algunas muchachas estaban echadas por el suelo ó recostadas en las parvas.

Tió Juan, que allá en sus mocedades fué rasgueador de *los de marca*, tomó de manos de un mozalvete la guitarra y empezó á acompañar las *folías*. De pronto se oyó una voz fresca y agradable: era Rosarillo que cantaba... Su cantar era melancólico y juguetón, triste y risueño; en todas las caras brilló el entusiasmo al oirse:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El que nunca haya escuchado
como se canta una pena,
que escuche como se cantan
las *folías* de mi tierra.

Cuando Rosarillo terminó el cantar, le contestó Emilio que tenía voz bien timbrada de barítono, aunque á su canto le faltaba ese sabor especial de las *folías*, que sólo poseen nuestros *magos*. El cantar del señorito era sentimental; su voz potente se extendió por el valle y todos los mozos decían: "silencio, que el amo canta;" las parejas giraban con más donaire y las muchachas acompañaban con palmadas; *tió* Juan rasgueó la guitarra como en sus buenos tiempos.

Emilio cantaba:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dos cantos hay en mi tierra
que en mi alma suenan á gloria:
el *arrorró* de mi madre,
las *folías* de mi novia.

El cantar fué terminado con un *¡áiii!* que salió de todas las bocas y el baile siguió adelante. Luego, relevándose algunas parejas, pasaron á bailar las seguidillas, terminando con las *saltonas* que es un baile en el que pronto se fatigan los más resistentes, una barahúnda sometida á ritmo, donde con gran prontitud se cambia de pareja y se hacen piruetas en las cuales las muchachas ponen en movimiento sus redondeadas caderas. El canto es alegre y vivo.

Tió Juan, no conforme con hacer sonar todas las cuerdas, se acompañaba dando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

golpes con el dedo gordo en la caja de la guitarra, y, en el paroxismo del entusiasmo, el viejo cantó con voz cascada la copla de rúbrica:

Señores bailadores,
alcen las patas,
que parecen ratones
dentro de zarzas.

Las parejas continuaban girando vertiginosamente al son de la guitarra y de las palmas.

. . . . . .

Rosarillo comenzaba á sentir los efectos del vino, pero el pícaro del señorito no la dejaba ni un momento, siempre le estaba dando de beber, y ella le encontraba tan guapo, tan simpático, que no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

se atrevía á desairarlo; le decía palabras tan dulces, cosas tan bonitas.... ¡Qué diferencia del señorito á su novio! ¡Qué feliz sería con un marido como el *amo!* Pero, ¡qué loca era! pensar en eso, ella, una zagalilla.... y luego Perico que tanto la quería: no, no, ella nunca olvidaría á su novio.

Mas todo parecía conjurarse contra ella: el vino, el baile, la proximidad del señorito, la soñolencia de la tarde; los recuerdos... esos recuerdos de los tiempos en que ambos eran niños y jugaban juntos, correteando por la finca tras los *tabobos* á quienes casi siempre atrapaba ella por ser más ágil... entonces se tuteaban, pero ahora, al verlo todo un hombre con aquellos bigotes tan bien cuidados, le tenía tanto respeto que no se atrevía á levantar la vista delante de él.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Por más esfuerzos que hacía, le era imposible substraerse á estos recuerdos: cuando los *amos* iban á pasar los meses de calor en la finca, ella no paraba sino en la casa principal donde la querían mucho y le daban golosinas, y allí jugaban al matrimonio ella y Emilito; él hacía un marido muy serio, muy formal; ella una mujercita muy risueña, muy gobernosa, limpiaba la casa, hacía la comida y por último terminaban sus faenas besándose en los ojos y en la boca.....

.....

Las sombras de la tarde aumentaban. Rosarillo, sin darse cuenta, fué conducida por Emilio á un apartado rincón de la finca, casi oculto por pequeños arbustos y allí se sentaron, comenzando á hablarse con más familiaridad. Él se atrevió

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

á pasarle el brazo por la cintura, ella quiso desasirse, pero el vino que se había apoderado por completo de aquella cabecita parecía que la inclinaba hacia él; en aquel momento su torneado seno palpitaba más acelerado, sus húmedos y gruesos labios parecían pedir un ósculo, sentía necesidad de caricias, de besos; sin darse cuenta se estrechaba cada vez más contra Emilio, sus alientos se confundían; la tierra parecía suspirar amores; ya apenas se hablaban, su respiración era fatigada: él no pudo resistir más y posó sus labios en aquellos pechos redondos y sonrosados como manzana que comienza á sazonarse, confundiéndose en un abrazo loco....

Las sombras se habían apoderado de la tierra. La luna apareció majestuosa; la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

brisa mecía las hojas, el agua del arroyo cantaba, el aire impregnado de aromas seducía, las ranas entonaban cánticos sacerdotales que se dilataban en la soledad de la noche; de rato en rato se oía el lúgubre graznido del cuervo y de la corneja; el aire comenzaba á susurrar himnos de amor en las hojas de los álamos.... la Naturaleza dormía, la sultana de la noche velaba.

.....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UI PGC. Biblioteca Universitaria, 2009

V

¿Por qué está triste, muy triste Rosarillo? ¿Por qué la lozana flor del valle comienza á marchitarse, apenas abiertos sus pétalos á las caricias de la vida? ¿Por qué ya no espera en la fuente á su novio que sólo vive por ella, por aspirar su aroma, por darle vida con los ardientes rayos de su pasión? ¿Qué tiene? ¿Por qué

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llora? ¿Por qué, cuando las sombras crepusculares comienzan á extender su manto de melancolía sobre la tierra, una lágrima asoma á sus ojos y corre por sus mejillas, y un suspiro exhalan sus labios, que se va á perder entre el follaje? ¿Por qué triste, muy triste, lloraba la flor más hermosa del valle?....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VI

Por fin volvió Rosarillo á la fuente, testigo de sus amores, á oír cantar el agua en su lecho de juncos y culantrillos, á mirarse en su cristalino espejo, á contemplar su faz pálida y demacrada, á recordar las inocentes bromas de su novio, á llorar la pérdida de su honra.... y mientras una lágrima asomaba á sus

© Del documento, los editores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ojos, que se iba á perder en el delantal, el agua seguía cayendo en el cántaro con carcajadas de alegría, con chillidos de niños, con risas de enamorados, con harmonías que semejaban susurro de besos.

Ya el cántaro estaba lleno, ya el agua comenzaba á desparramarse, cuando apareció Perico, pálido, desencajado: sus ojos hundidos denunciaban noches de horribles pesadillas.

Se acercó á Rosarillo que, al verlo, se quedó aterrada, y, pasándole el brazo por la cintura, la atrajo hacia él, miró con ojos de loco su faz hermosa y descompuesta, y....

— ¡Perico! — pudo decir al fin la infeliz.

Él no le contestó; quiso hablar, pero no pudo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—¡Perico! — volvió á repetir anegada en llanto.

—Perico, sí: aquí me tienes, cerca de tí, más cerca que nunca; — y la miraba como si quisiera leer en el fondo de su alma, y estrechándola fuertemente, rugió á su oído estas palabras con tono solemne y trágico:

—Rosario, un hombre dijo que habías sido suya, que le había poseído, que había gozado de tus caricias, de tu carne... ese hombre era el señorito, que ha quedado tendido en el suelo con el corazón atravesado por mi cuchillo: ahora júrame por tu madre muerta, por mi amor, por *aquel* á quien arrebaté la vida, que no es cierto que llegó hasta tí, que has sido respetada por mí como la virgen del Rocío; dime que mintió, para estrecharte entre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mis brazos y llevarte lejos, muy lejos, donde podamos gozar de nuestro amor.... pero si no mintió, si dijo la verdad, para hundirme contigo, confundidos en un abrazo infernal, en ese abismo que está á nuestros pies,—y señalaba el horrible precipicio por donde no podían bajar ni las cabras, precipicio que causaba el vértigo sólo con mirarlo,—y así saber que tu última caricia es para mí, que tu último beso es mío, sólo mío.....

—¡Perico!....

—Sí, dime que mintió, que eres pura, que tus caricias no han sido de nadie, que serán para mí; que no me has engañado, que guardas el tesoro de tu virginidad para entregármelo intacto... habla, dime que mintió, que mintió, sí; habla, que quiero oírlo de tus labios, dime que tú sólo has pensado en mí..... Cuando el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

amo dijo que habías sido de *él*, yo no sé lo que sentí, sólo sé que tiré del cuchillo y... cuando me dí cuenta le ví revolcándose en un charco de sangre... Rosarillo, mírame... ¡Si supieras cuánto he sufrido, cuánto he llorado!...

Rosarillo se retorcía con desesperación.

De pronto Perico la cogió por las manos, tiró con fuerza de ella y mirándola con la locura de los celos, dijo:

—¿Fuiste de él, ó eres pura?

—Sí, Perico, perdóname... fuí suya... no mintió.

—¡Ah, infame!... ven ahora á ser mía, pero mía sólo, mía en el regazo de la muerte.

La cogió entre sus brazos, la aprisionó con fuerza y dándole un beso lleno de amor y de rabia, de celos y de pasión, se arrojó con ella al abismo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Sus cuerpos, unidos en estrecho abrazo, chocaban contra las rocas, desgarrándose las carnes al tropezar en las piedras salientes, viéndose sostenidos algunos instantes por las matas para luego descender vertiginosamente, como pelota lanzada al espacio, que, rebotando al primer tropiezo, continúa con más energía su desenfrenada carrera: y en el fondo del abismo esperaba recoger sus triturados cuerpos una tumba alegre, sonriente, del color de la esperanza; cubierta con manto de hierbas y flores. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Y mientras tanto, el agua en la fuente continuaba cantando, chillando, riéndose; acariciando los culantrillos y los juncos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

desparramándose fuera del cántaro con harmonías que parecían lluvia de guindas y cerezas....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

4. Y habia algunos que se mostraban desdeñosos, sin hacer alto aparentemente en aquellas pequeñeces.

5. Mas su corazón estaba corroído por la malicia, y en la sombra afilaban sus dientes, ansiosos de morder.

6. He ahí que apareció la presa que aguardaban y entonces se cebaron en ella con saña fiera.

7. Y los náufragos se turbaron al oir esto.

8. Entonces llegó á ellos una voz que clamaba de lo alto:

9. Cuando oyereis un juicio sólido y competente, aunque no os fuere grato, agradecedlo; mas no hagáis caso de los fuegos fatuos que lucen, pero no queman.

10. Sabed que si tal no hicieran, muy otra sería la condición humana.

11. Y era la voz de la Razón la que estas cosas decia.

Del Libro de la Conciencia, cap. V.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009